



## Conversamos con José Manuel Naredo

La revista Documentación Social propuso dialogar con José Manuel Naredo en torno a tres preguntas:

- ¿Qué es la economía ecológica? A pesar de ser un concepto tan lucido y al que se le da muchas vueltas en muchos ámbitos, sigue siendo marginal en el mundo de la economía. La ecología sigue sin encajar del todo en la caja de la economía del consumo de energía y residuos. ¿Cómo lo explica?
- ¿Qué pasa en la actualidad? ¿Considera que es necesario un nuevo discurso? ¿Qué está fallando en la sociedad, en la clase política o en otros ámbitos?
- Ante esta realidad, ¿hay recorrido posible? ¿Dónde están sus esperanzas?

DS: ¿Qué es la economía ecológica? A pesar de ser un concepto tan lucido y al que se le da muchas vueltas en muchos ámbitos, sigue siendo marginal en el mundo de la economía. La ecología sigue sin encajar del todo en la caja de la economía del consumo de energía y residuos. ¿Cómo lo explica?

JMN: Es una pregunta muy densa. Antes de responder quiero recordar que es la ideología la que orienta nuestros enfoques, instituciones y comportamientos y que un determinado enfoque puede subrayar e incluso cuantificar ciertos aspectos, pero por fuerza a costa soslayar otros, de ahí que a veces cobre fuerza su función encubridora; este es el caso de la ideología económica dominante, que se presenta revestida de racionalidad científica.

DS: ¿Y cómo podemos revisar esa parte no pensada de nuestro pensamiento que condiciona nuestros enfoques, instituciones y comportamientos?

JMN: Trascender la ideología y los enfoques hoy dominantes exige relativizarlos, constatando que no existieron ni fueron dominantes en el pasado y que tampoco tienen por qué seguirlo siendo en el futuro. Esto es lo hice con la ideología económica dominante en mi libro *La economía en evolución* (2015) que tiene como subtítulo *Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, porque analizo cómo surgieron y evolucionaron para ver cuáles son sus perspectivas. Pero confieso que resulta difícil comunicar estas reflexiones de fondo con las imágenes y los mensajes rápidos y sumarios que proliferan en las redes sociales e incluso tengo claro que en esta entrevista solo cabe esbozar sobre la marcha algunos aspectos que me resultan difíciles de seleccionar. Por eso **he respondido por escrito a la entrevista, entregando un texto algo más matizado a incluir en la Web de la revista al que las personas interesadas puedan acceder.**

DS: Bueno, decía que nuestra pregunta inicial era muy densa, podemos desglosarla.

JMN: Sí, vayamos por partes. Veamos primero ¿qué es la economía convencional y qué es economía ecológica?

Si queremos responder en serio a esta pregunta tendremos que aclarar antes qué es la economía y qué es la ecología. Para ello hemos de recordar que la teoría del conocimiento nos advierte desde hace tiempo que la definición del objeto de estudio de las distintas disciplinas no suele ser precisable mediante definiciones explícitas, ya que viene delimitado implícitamente por la estructura de axiomas por la que se rigen. Por ejemplo, como señalé ya en la primera edición de mi libro *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico* (Siglo XXI, 1987, 4ª ed. actualizada 2015), el manual de Abbott&Van Ness (1975) *Termodinámica* entonces en uso, no definía la energía como algo que da calor o que mueve cosas, sino que precisaba ya que “**la energía es una abstracción matemática** que no tiene otra existencia aparte de su **relación funcional** con otras variables o coordenadas que tienen una interpretación física y pueden medirse” (es decir, que están vinculadas al Sistema Internacional de Unidades Físicas<sup>1</sup> (el SI) sobre el que reposa la ciencia cuantitativa).

Y lo mismo cabe decir en el caso de la *economía*: no tiene sentido definir descriptivamente los **objetos económicos** como aquellos que son útiles o escasos, cuando en realidad vienen delimitados por la estructura de axiomas por la que se rige la idea usual de **sistema económico**. Tras cuestionar con un análisis histórico en el libro mencionado la supuesta universalidad de los conceptos del pensamiento económico dominante, viendo cuándo y cómo nacieron y evolucionaron hasta generar la idea hoy usual de **sistema económico** plasmado en las Contabilidades Nacionales, el análisis se remata con el capítulo 24 sobre la axiomática que lo informa y delimita sus piezas. En este capítulo que se observa que los **objetos económicos**, al igual que las nociones de **producción, consumo...o trabajo**, son **objetos teóricos** en el sentido de que vienen delimitados por la propia axiomática. Lo que hace que una misma actividad —dar patadas a un balón, cocinar, cuidar personas, animales o plantas...— pueda considerarse como **trabajo** (que genera **producción y consumo** de supuestos “bienes y servicios”) solo en la medida en la reciba o se le impute una retribución monetaria. Y se observa también que para que los **objetos teóricos** configurados por esta axiomática o red conceptual adquieran un significado concreto necesitan apoyarse en un marco institucional que defina lo que es la **propiedad** y lo que es el **dinero**. Así, al igual que vimos que era la **relación funcional** con el Sistema Internacional de Unidades Físicas el que otorgaba realidad a la abstracción matemática de la energía, la **relación funcional** con la **propiedad** y el **dinero** es la que permite aplicar con visos de realidad la noción usual de **sistema económico** en nuestras sociedades.

En lo que concierne al **sistema de propiedad** se presupone que los **agentes económicos** tienen poder de disposición exclusiva sobre los objetos económicos de su propiedad y que este **sistema de propiedad absoluta** es el bueno mientras que los sistemas anteriores, más complejos y compartidos, eran malos o inmaduros.

Por otra parte, la axiomática establece el carácter unidimensional del **sistema económico** al postular que todos los elementos contabilizados en el mismo han de representarse en “números reales positivos expresables en una misma sustancia homogénea”, siendo el **dinero** el que otorga realidad a esa sustancia. Por lo tanto, la convención social generalizada de utilizar el **dinero** como unidad de cuenta y depósito de valor resulta fundamental para facilitar la aplicación de la axiomática del **sistema económico** a nuestras sociedades, asegurando a la vez el reduccionismo monetario propio del enfoque económico ordinario y la naturaleza aislada del

---

<sup>1</sup> Las siete unidades básicas del SI son: el kilogramo, el metro, el segundo, el amperio, el kelvin, la candela y el mol.

**sistema**. Pues los **objetos económicos** nacen y mueren en el seno del **sistema** así configurado: nacen cuando una función llamada **producción** les infunde valor monetario y mueren cuando su valor se extingue mediante otra función llamada **consumo**. Sin embargo, los objetos del mundo físico existían en forma de recursos antes de que fueran valorados y, lamentablemente, siguen existiendo en forma de residuos cuando pierden su valor.

De esta manera el reduccionismo monetario del enfoque económico genera un **“medio ambiente”** inestudiado integrado por lo que los manuales han venido llamando “bienes libres” o “no económicos” porque carecen de valor monetario. La palabra “medio ambiente” se ha extendido y utilizado para designar preocupaciones y departamentos administrativos o universitarios como si fuera un término neutro cuando es un mero fruto de la cortedad de miras del enfoque económico ordinario. Y cuando una red analítica genera un **“medio ambiente”** inestudiado caben dos formas de abordarlo: una estirando esa misma red para atrapar algunos objetos del “medio ambiente” y otra usando las redes analíticas de otras disciplinas que hacen de ese “medio ambiente” de la economía ordinaria su objeto de estudio habitual. Ambos caminos han sido practicados: el primero por la llamada **economía ambiental** o **verde** que trata de estirar la vara de medir del dinero para traer al redil del **sistema económico** ordinario ciertas “externalidades ambientales” sin romper su reduccionismo monetario y el segundo por la llamada **economía ecológica** usando enfoques más abiertos y multidimensionales para aprovechar el conocimiento de otras disciplinas para las que ese **“medio ambiente”** de la economía formaba parte de su objeto de estudio ordinario. Por ejemplo, la hidrología estudia el ciclo hidrológico completo sin que aparezca para nada el “medio ambiente”: sus análisis abarcan desde la fase atmosférica del ciclo que genera la precipitación, seguida de la infiltración y la escorrentía hasta que el “motor solar” devuelve por evaporación el agua en calidad y cota reproduciéndose de nuevo el ciclo sin que surja medio ambiente alguno.

DS: Pero esta axiomática no cae del cielo.

JMN: No, efectivamente, la axiomática que subyace a las clasificaciones de las Cuentas Nacionales fue tributaria de la noción de **sistema económico** que se barajaba en la teoría económica vigente presidida por la metáfora absoluta de la **producción** y la noción unificada y pecuniaria de **riqueza** propias de la ideología económica imperante. Una vez tomada la noción de **producción** (de valor monetario) como motor del sistema económico, se construyó la **cuenta de producción**, que arroja como saldo de “valor añadido” el famoso **PIB** (como resultado de restar al valor monetario en venta de determinados “bienes” y “servicios” lo gastado en su obtención). Le siguen después las cuentas de distribución, consumo y acumulación del valor agregado en el **PIB**.

DS: Por favor, explique un poco qué es eso de la “metáfora absoluta de la producción”.

JMN: Desde la primera edición de mi libro *La economía en evolución* (1987, 4ª edición actualizada 2015) he venido señalando cómo la metáfora absoluta de la **producción** es la pieza clave sobre la que se levanta la ideología económica dominante, con la idea usual de **sistema económico** y el objetivo del **crecimiento** (de dicha **producción**) a la cabeza. Entendiendo que, según la metaforología, una metáfora absoluta es aquella que permite transferir ideología y juicios de valor sobre temas socialmente relevantes sin contar con apoyo racional ni empírico alguno. Su función expresiva no puede, así, racionalizarse, ni el concepto sustituirse, ocupando un lugar esencial en la historia del pensamiento, en este caso, económico. Así, la **economía** nació como disciplina pretendidamente científica, independiente de la moral y del poder, allá por el siglo XVIII, asumiendo por primera vez la tarea de acrecentar de forma desacralizada “la producción de riquezas renacientes sin menoscabo de los bienes fondo”. Y esto ocurrió cuando predominaba una visión organicista del mundo, asociada a las creencias alquímicas, en la que se

pensaba que, no sólo las cosechas, la pesca o los bosques, sino también los minerales, estaban sujetos a procesos de crecimiento y perfeccionamiento en el seno de la Madre-Tierra y se pensaba que hasta los continentes y la Tierra misma dilataban sus límites, aportando visos de racionalidad a la idea de forzar y orientar con la intervención humana el crecimiento de esas producciones hacia fines utilitarios. Y al proponerse este objetivo que se suponía bueno para todo el mundo, la economía pudo emanciparse de la moral y del poder, a los que antes estaba ligada al ser considerado hasta entonces el proceso económico como un mero proceso de adquisición de riqueza y no de producción de la misma. El famoso *Tableau économique* (1758) de Quesnay —el más destacado de los autores franceses de la época hoy calificados de “fisiócratas”, creadores de la idea usual de **sistema económico**, con su carrusel de la **producción** y del **consumo**— incluía, así, los minerales entre las “riquezas renacientes” asociadas a la Madre-Tierra y clasificaba la minería entre las actividades “productivas”, junto a la agricultura. Pero este autor insistía para dejar bien claro que, según su criterio, **producir** no era sin más el resultado de revender con beneficio sino de “acrecentar las riquezas renacientes” —que se suponían asociadas a la Madre-Tierra— ya que se podía revender con beneficio de formas bien distintas. Pero tras desplomarse por completo en los inicios del siglo XIX la cosmología arcaica que había impregnado de racionalidad a las nociones de **producción** y **crecimiento** (de esa supuesta **producción**) éstas siguieron gozando de buena salud, al cortar el cordón umbilical que unía originariamente la noción de **sistema económico** al mundo físico y trasladarlo al universo autosuficiente de los valores monetarios, en el que ha seguido imperando la metáfora absoluta de la **producción** y el objetivo del **crecimiento** de la misma, como piezas claves de la ideología económica dominante.

Así, en contra de lo que postulaba Quesnay, producir acabó siendo simplemente revender con beneficio, pues el **PIB** es el mero resultado de restar al valor monetario en venta de determinados “bienes” y “servicios”, el valor de lo gastado en su obtención. Lo cual permite, por ejemplo, hablar de producción de oro o de petróleo, cuando hoy se sabe que se trata de meras extracciones de ciertos stocks singulares que alberga la corteza terrestre, ya que hoy se tiene plena conciencia de que ni los minerales crecen y se perfeccionan en el seno de la tierra, ni la Tierra dilata sus límites. Y esta noción de **producción**, con la idea usual de **sistema económico** construida a sobre ella, se han naturalizado y asumido con generalidad como si fueran universales, cuando de hecho son una creación de la mente humana que nació en el siglo XVIII como fruto de un maridaje entre la filosofía mecanicista y las creencias alquímicas, y ejercen una clara función apologética del comportamiento de la civilización industrial, al revestir con el velo de la **producción** lo que es mera extracción y adquisición con consecuencias ecológicas y sociales poco recomendables y al ignorar otras formas de lucro fruto de la generación, revalorización y compra-venta de bienes patrimoniales (sobre todo inmobiliarios y financieros) que son cada vez más relevantes. Así, la metáfora de la **producción** de riqueza ha venido soslayando el creciente peso de la **adquisición** asociada a los procesos de mercantilización, privatización y financiarización que se han extendido por el mundo.

DS: Bueno y ¿qué es la ecología?

JMN: Para abreviar recordemos que Margalef la definió como una “biología de sistemas” y subrayemos que, a diferencia de la dogmática económica ordinaria (que razona con su noción unidimensional de **sistema económico** en el universo aislado de los valores monetarios) la **ecología** es una disciplina integradora, que no se avergüenza de su oportunismo al utilizar, en su empeño de estudiar el funcionamiento de la biosfera, todo el conocimiento de las ciencias de la naturaleza que va desde esa economía de la física que es la termodinámica, a la química, la botánica, la zoología...y todas las ciencias de la Tierra (geología, edafología, climatología, hidrología...). Por lo tanto, a diferencia de la **economía ordinaria** encerrada sobre sí misma, la **ecología** adopta por naturaleza enfoques transdisciplinares y multidimensionales. Y el *oikos* de

la **ecología** difiere por completo del de la **economía** ordinaria: esta última se ocupa de acrecentar ciertos saldos monetarios de “valores añadidos” o “beneficios” de ciertas personas físicas o jurídicas (empresas, países...), mientras que el *oikos* de la **ecología** es la Tierra misma con todos sus componentes y organismos a los distintos niveles de agregación (poblaciones, ecosistemas...). La delimitación de las fronteras administrativas de los estados, regiones, municipios, sectores empresariales... con las que trabaja la economía ordinaria no suelen casar con las que utiliza la **ecología** (zonas edafoclimáticas, ecosistemas, cuencas hidrológicas...). Y el problema estriba en que el aumento de los saldos monetarios de rentas y beneficios que valora positivamente la **economía** ordinaria se suele producir a base de deteriorar el mundo físico circundante, esquilmando o contaminando recursos y deteriorando organismos, poblaciones y ecosistemas que no entran en su línea de cuentas. Con lo cual, las reglas del juego económico —que valoran solo los costes de extracción y obtención, pero ignoran los costes de reposición— han venido empujando hacia el extractivismo el metabolismo de la civilización industrial y alejándolo del característico de la biosfera que había permitido enriquecer la vida en la Tierra.

DS: La ecología sigue sin encajar bien en la caja de la economía ¿cómo lo explica?

JMN: Hemos visto que el enfoque económico ordinario, en su reduccionismo monetario, acostumbra a soslayar los deterioros ocasionados en el medio físico circundante, de los que la **ecología** sí acusa recibo, explicando el habitual divorcio entre ambas disciplinas, al aparecer el **desarrollo económico** y el **deterioro ecológico** como dos caras de una misma moneda. El enfoque **ecointegrador** que vengo proponiendo desde hace tiempo busca conectar ambas aproximaciones primando la integración del conocimiento para unir la reflexión monetaria con la física y la institucional. Pero esta puesta en común está lejos de producirse: a la torre de Babel de las especialidades científicas se añade, así, la habitual incomunicación entre **economía ambiental** y **economía ecológica**, permaneciendo la primera más al servicio de los poderes políticos y económicos establecidos y la segunda más asociada al movimiento ecologista y a las corrientes sociales más críticas del *statu quo*.

Se suele ignorar que una gestión razonable exige romper con este artificial conflicto, para emprender una puesta en común que fusione **economía y ecología**. Pues hemos de recordar que la especie humana forma parte de la biosfera y que esa biología de sistemas que es la **ecología** debe incluir a la especie humana, con sus convenciones culturales e institucionales de la **propiedad** y el **dinero** de las que se ocupa la **economía** ordinaria, convenciones que, como es sabido, orientan y condicionan las formas actuales de gestión y comportamiento. Soslayando esta evidencia, la **economía ambiental** mantiene la separación entre especie humana y naturaleza propia del dualismo cartesiano, que aparece reflejada en la propia noción de “**medio ambiente**” y trata de valorar en dinero los “servicios de los ecosistemas”, como “externalidades” ajenas al **sistema económico** desatando una inflación de valoraciones tanto más arbitrarias cuanto carentes de interés y significado. Pues aunque este empeño valorativo no haga daño, hemos de tener en cuenta que el afán de internalizar las “externalidades” propio de la **economía ambiental** no puede resolver el problema que presenta el divorcio antes mencionado en toda su magnitud: si recordamos que el llamado “medio ambiente” es fruto de la cortedad de miras del enfoque económico ordinario, la pretensión de hacer una **economía del medio ambiente** es, en el límite, algo tan absurdo como sería el empeño de hacer una física de la metafísica.

El divorcio entre **especie humana y naturaleza** y entre **economía y ecología** sigue, así, su curso amparado en metáforas, idolatrías y términos fetiche, que carecen de respaldo empírico y racional alguno. Pues siguen imperando la metáfora absoluta de la **producción** y la idolatría del **crecimiento económico** —que se trata de ecologizar y perpetuar en el terreno de las palabras pintándolo de **verde, circular, justo, inclusivo...** y, cómo no, **sostenible**— sin que el movimiento ecologista apenas haya conseguido forzar la reconversión del metabolismo tan ávido de recursos

y pródigo en residuos propio de la civilización industrial, ni hacer que prosperen alternativas atractivas y viables a la triple crisis económica, ecológica y social a la que estamos asistiendo.

DS: ¿Qué pasa en la actualidad? ¿Considera que es necesario un nuevo discurso? ¿Qué está fallando en la sociedad, en la clase política, en otros ámbitos sociales?

Efectivamente, en el libro *La crítica agotada. Claves para un cambio de civilización* (2022) propongo una reflexión más madura que trascienda las teodiceas usuales del cambio social e invite a revisar conjuntamente los discursos, las metas y los medios. En primer lugar, considero que el poder se extiende por todo el cuerpo social en forma de redes y relaciones, no solo de clase, sino también clientelares, patriarcales, raciales... y de dependencia económica y disciplinaria diversa que se solapan entre sí para mantener la consabida «servidumbre voluntaria» que muda y se reacomoda a los cambios, al igual que ocurre con las elites, dando pie al actual **impasse sociopolítico**. Y analizo cómo sobre todo la retórica política, pero también la económica y la ecológica, aparece anclada a viejas idolatrías y condicionada por una serie de términos fetiche, jaculatorias ceremoniales... o no-conceptos con los que, entretiene a la gente desviando la atención de los principales problemas y protagonistas de la situación actual y de sus posibles cambios, haciendo que la crítica social lastrada por estos pseudoconceptos emule estérilmente el ejemplo de Sísifo, generando el mencionado **impasse sociopolítico**.

Desde Platón y Aristóteles se había venido pensando que las personas serían capaces de mejorar la sociedad y que las ciencias sociales contribuirían a ello, pero, en vez de hacerlo, generaron nuevas mitologías legitimadoras el statu quo. La historia de las civilizaciones nos muestra que éstas se apoyan en visiones del mundo en buena medida cerradas, que priorizan determinadas percepciones, pensamientos y comportamientos, a la vez que soslayan o excluyen otros. Y que el paradigma sociocultural que las sostiene acostumbra a albergar supuestos sobre la realidad y el ser humano que alcanzan todas las esferas de la sociedad. Por lo que difícilmente cabe trascender la actual *civilización industrial* hoy globalizada recurriendo por separado a las interpretaciones parciales al uso (capitalismo, socialismo, neoliberalismo, tecno o neofeudalismo, neofascismo, clientelismo, machismo, feminismo, racismo...) o atendiendo a ciertas consecuencias que genera (globalización, financiarización, sociedad del riesgo, modernidad líquida...). Ni la filosofía, ni la ética, ni la religión, ni la política, ni la economía... pueden por sí solas promover y legitimar el cambio de paradigma. Tomar conciencia de ello ayuda a desterrar interpretaciones reduccionistas y falsas ilusiones simplistas de la sociedad y de las posibilidades de cambiarla, e invita a replantear las visiones y sintonías que se operan entre todos estos niveles bajo la batuta del paradigma sociocultural dominante.

En el último libro mencionado he seguido avanzando en la elaboración de esa especie de «genealogía conceptual» que espero contribuya a desvelar las trampas del lenguaje que apuntalan el statu quo y, a la vez, descarrían y lastran la crítica social, permitiendo que el núcleo duro de la ideología dominante permanezca al resguardo de la crítica y siga gozando de buena salud. Veo, por ejemplo, que es fácil atribuir nuestros males a la «tiranía de los mercados», al «intervencionismo» o al «neoliberalismo maligno», sin preocuparnos de investigar si de verdad existen esas entidades, quiénes son las personas que las componen, las han creado o las manejan, ni de confirmar su verdadero protagonismo causal o justificatorio. Al igual que ya no es el supuesto origen divino de la realeza el que hoy respalda el poder de los Estados, sino una abstracción constitucional o un hipotético pacto social que brilla por su ausencia. Y hay que subrayar que en el lenguaje político es donde más se han venido divorciando los conceptos de la realidad. Pues el éxito del lenguaje político estriba más en las emociones que pueda suscitar su retórica, que en las razones que avalan su mensaje. El nuevo mundo informatizado otorgó posibilidades inéditas de comunicación que dieron nuevas alas a la retórica política, económica

y ecológica primando más lo atractivo y emotivo de las proclamas y eslóganes enunciados que la solvencia y el realismo que encierra el contenido de los mensajes. El predominio de la concepción bélica de la política como mera lucha por el poder aportó el terreno abonado para hacer de la política un espectáculo mediático en el que las peleas partidistas parten a la gente. Y el problema es que esta concepción bélica de la política se ha extendido a otros campos generando enfrentamientos que nos han llevado así a la era del «negacionismo» y la «posverdad» en la que las opiniones se abrazan y los datos que las contradicen se rechazan.

DS: Ante esta realidad, ¿hay recorrido posible? ¿Dónde están sus esperanzas?

JMN: Para superar esta situación hemos de ver si estamos tratando con mediciones de magnitudes asociadas al Sistema Internacional de Unidades Físicas (SI) y de leyes formuladas y asumidas con generalidad por verdaderas ciencias cuantitativas –como la Ley de la Gravedad... o la Ley de la Entropía– o si se trata de invenciones de la mente humana que solo pueden cobrar visos de realidad domesticada apoyándose todo lo más en pseudomedidas de pseudomagnitudes. Si se trata de predicciones simples e inequívocas –como la de que las manzanas caen del árbol ... o que los minerales no crecen ni se perfeccionan en el seno de la Tierra– o, por el contrario, se trata de prospectivas complejas apoyadas en conjuntos borrosos, con amplios márgenes de incertidumbre. Insisto en que para trascender la ideología económica y política dominante hay que relativizarla, viendo que no lo fue en el pasado ni tiene por qué seguirlo siendo en el futuro. Para ello, un examen de cómo surgieron y usamos los conceptos establecidos, nos ayuda a descubrir las deformaciones a las que nuestra comprensión de lo real se ve sometida y a abrir caminos a otros enfoques y perspectivas que venían siendo eclipsadas por ellos.

En el libro *La crítica agotada* no solo muestro la opacidad, lo ambiguo y lo vacío de estos no-conceptos y de dónde surgen y los «puntos ciegos» que generan, sino que además indico cómo trascenderlos para que emerja con toda su potencia el genuino pensamiento crítico. Solo pensando fuera de los márgenes delimitados por el sentido común que nos marca la ideología hoy dominante, podremos construir un paradigma civilizatorio que emancipe a los seres humanos y devuelva la dignidad a la naturaleza. Pues cabe advertir que el paradigma sociocultural dominante no es, ni puede ser, un sistema conceptual completamente cerrado. Ya que el carácter cerrado de las culturas presenta fisuras derivadas de la ambigüedad de sus categorías básicas que suelen estar pobladas de no-conceptos. Y que, precisamente, esta ambigüedad es la que ofrece brechas por las que el pensamiento crítico puede hacer palanca para socavar la hegemonía del paradigma sociocultural dominante y conseguir que emerjan otras visiones del mundo. Pero hay que advertir también que el cambio de paradigma sociocultural no solo depende de cuestiones discursivas racionales, sino que necesita el apoyo de sentimientos, presiones y acontecimientos ajenos a la razón y el lenguaje que lo hagan posible. En la era del «negacionismo» y la «posverdad» resulta todavía más evidente que, para que un argumento sea convincente, necesita apoyarse en algo más que en discursos razonables. No obstante, creo que la discusión explícita y razonada de los sesgos y sinsentidos que albergan las categorías mayores sobre las que reposa la ideología dominante contribuye a incrementar la tensión mental que incentiva los cambios en las creencias y los valores, pues también está claro que si no sometemos a reflexión esas categorías y las nociones de sistema que reposan sobre ellas, difícilmente podrán modificarse, por lo que la crítica racional es condición necesaria, pero no suficiente, para que el cambio de paradigma sociocultural se produzca.

Quiero acabar con el texto (que transcribí en mi libro ya citado (p. 20)) del geógrafo anarquista Eliseo Recluse, que escribió a finales del siglo XIX, tras haber participado en el sangriento empeño revolucionario de La Comuna de París en 1871:

“Cada vez comprendo más que las luchas sangrientas llamadas revoluciones desempeñan el papel de tristes episodios y que la verdadera revolución es la que se realiza en las ideas, que es esencialmente pacífica”.

Considero que el movimiento feminista es un buen ejemplo de cómo se pueden cambiar las ideas, las instituciones y los comportamientos sin partidos políticos ni violentas tomas de poder que los promuevan... y creo que el movimiento ecologista debería apuntar en este sentido. Pues el afán de cuidar a todos los niveles la habitabilidad y la belleza de nuestra morada planetaria debería de ser una preocupación compartida con generalidad. Y para que esta preocupación pueda reconducir el metabolismo de la sociedad industrial hacia horizontes ecológicos y sociales más saludables es necesario que se vaya fraguando un cambio de paradigma socio-cultural que apunte en el sentido que hemos indicado, fusionando economía y ecología.

